

# NEW LEFT REVIEW 133/134

SEGUNDA ÉPOCA

MARZO-JUNIO 2022

## EDITORIAL

SUSAN WATKINS      ¿Una guerra evitable?      7

## ENTREVISTA

VOLODYMIR ISHCHEKNO      Hacia el abismo      21

## ENTREVISTA

TONY WOOD      La matriz de la guerra      47

LOIČ WACQUANT      Conceptualizar la «raza»      75

EVGENY MOROZOV      Crítica al tecnofeudalismo      99

CAITLÍN DOHERTY      Dos izquierdas atlánticas      141

NAOMI VOGT      Los escalofríos del montaje de  
Arthur Jafa      179

ANAHID NERSESSIAN      ¿Por amor a la belleza?      199

## CRÍTICA

HITO STEYERL      Arte y guerra      219

WILLIAM HARRIS      Más allá de Arusha      225

JOY NEUMEYER      Rusia en cifras      239

---

[WWW.NEWLEFTREVIEW.ES](http://WWW.NEWLEFTREVIEW.ES)

© New Left Review Ltd., 2000

Licencia Creative Commons

Reconocimiento-NoComercial-SinObraDerivada 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0)

INSTITUTO  
**25M**  
DEMOCRACIA

SUSCRÍBETE

**ts**  
d traficantes de sueños



LOÏC WACQUANT

## EL PROBLEMA DE LA «RAZA»

Con las teorías raciales se puede demostrar  
y refutar lo que se quiera  
Max Weber\*

**S**E PODRÍA DECIR que a comienzos del siglo XXI la categoría de raza es la más problemática y volátil de las ciencias sociales. Como explica Zora Neale, es «como fuego en la lengua de los hombres». ¿La ponemos entre comillas o no? ¿La equiparamos a la etnia para especificar su rango o ampliamos su alcance? ¿La usamos como sustantivo (como si fuera una «cosa» que hay por ahí) o como adjetivo (racial, racializado, racialista o el acusatorio término de racista) adjunto a una percepción, creencia, acción o institución? ¿Está la raza basada en la ascendencia, el fenotipo, o el tono de piel? ¿Y qué decir respecto a esas propiedades sociales varias, como estatus legal, región, lengua, migración o religión, que también sirven desde hace tiempo como vectores de la racialización?<sup>1</sup>.

---

\* Max Weber, Reunión de la Deutsche Gesellschaft für Soziologie (1912).

<sup>1</sup> El ensayo brillante pero poco conocido de Charles Wagley, «On the Concept of Social Race in the Americas» (1958), basta para demostrar la variabilidad de los fundamentos etnoraciales, artículo incluido en Dwight Heath y Richard Adams (eds.), *Contemporary Cultures and Societies in Latin America*, Nueva York, 1965, pp. 531-545. Respecto a los estudios empíricos efectuados recientemente en diferentes países, véanse Gi-Wook Shin, *Ethnic Nationalism in Korea: Genealogy, Politics and Legacy*, Stanford (CA), 2006; John Lie, *Multiethnic Japan*, Cambridge (MA), 2009; Lahra Smith, *Making Citizens in Africa: Ethnicity, Gender, and National Identity in Ethiopia*, Cambridge, 2013; Edward Telles, *Pigmentocracies: Ethnicity, Race and Colour in Latin America*, Chapel Hill (NC), 2014; Giovanni Picker, *Racial Cities: Governance and the Segregation of Romani People*

¿Qué relación existe entre la interpretación social de la raza y su presunta designación genética y neurológica? ¿Es la raza una fuerza social autopropulsada o deriva de otras fuerzas causales (por ejemplo, la clase o la nacionalidad)? ¿Un constructo histórico útil en ciertas sociedades, como las potencias imperiales y sus colonias, o un constructo abstracto de alcance universal? Más urgentemente aún, ¿es un «pecado de Occidente» (ligado a la esclavitud), tan ruidosamente proclamado por muchos estudiosos y activistas raciales, u opera en todas las civilizaciones? Los principios que rigen la autopsia conceptual de la «clase paria» [*underclass*] como categoría racializada –elaborados en mi libro más reciente, *The Invention of the «Underclass»*– podrían ayudarnos a obtener algo de claridad y a avanzar en estos temas, permitiéndonos ver cómo nociones tan arraigadas como «racismo estructural» y «racismo sistémico» crean más problemas de los que resuelven<sup>2</sup>.

## I. REFORMULACIONES

Primer principio: *historizar*. El problema con la «raza» en Occidente no surgió en los siglos XX o XXI. Es coextensivo a la vida de la noción que, desde su coalescencia a mediados del XVIII, ha traficado constantemente con la *complicidad entre el sentido común y la ciencia*. Los naturalistas de aquel tiempo, que fraguaron la idea de que la humanidad podía dividirse en categorías biofísicas (las cuatro razas de Linneo, blanca, negra, amarilla y roja, correspondientes a los cuatro humores del cuerpo y a los cuatro continentes de la Tierra, que sobreviven con diversas apariencias hasta la actualidad), las cuales serían declaradas más tarde inherentemente desiguales por Gobineau y sus seguidores, codificaron una extensa gama de percepciones premodernas comunes y, al mismo tiempo, participaron en una revolución científica que planteaba, por primera vez, la pregunta de cómo encajar conjuntamente la diversidad y la jerarquía humanas<sup>3</sup>.

---

*in Urban Europe*, Londres, 2017; Patrick Wolfe, *Traces of History: Elementary Structures of Race*, Londres y Nueva York, 2016; y Mahmood Mamdani, *Neither Settler nor Native: The Making and Unmaking of Permanent Minorities*, Cambridge (MA), 2020. La mercantilización contraintuitiva y a menudo absurda de la etnicidad en la época neoliberal la analizan John Comaroff y Jean Comaroff en *Ethnicity, Inc.*, Chicago, 2009.

<sup>2</sup> Loïc Wacquant, *The Invention of the «Underclass»: A Study in the Politics of Knowledge*, Cambridge, 2022, especialmente pp. 122-131, 150-167. El presente artículo amplía la conclusión del libro.

<sup>3</sup> Ivan Hannaford, *Race: The History of an Idea in the West*, Baltimore (MD), 1996; Anthony Pagden, *The Burdens of Empire: 1539 to the Present*, Cambridge, 2015, en especial el capítulo 3. Un precursor de la moderna noción de raza como práctica

Esa confusión originaria entre sentido común e investigación especializada se ha mantenido hasta el presente y se halla integrada en el emparejamiento convencional de «raza y etnicidad». Siempre que los científicos sociales abordan este dúo dóxico, respaldan y amplían el *efecto simbólico definitorio de la raza*, que es, precisamente, la creencia ideológica de que es fundamentalmente distinta de la etnicidad. Lo mismo puede aplicarse al emparejamiento de «raza y racismo»: ¿qué es la raza sino un producto de la creencia colectiva en su existencia autónoma, es decir, del racismo? ¿Por qué la duplicación, entonces? Y la pluralización de la categoría, como en los aparentemente evidentes en sí mismos e infinitamente multiplicadores «racismos», no hace sino agravar el problema. Este dudoso intercambio entre el sentido común y la ciencia avanza ininterrumpido desde hace tres siglos, de modo que en las ciencias sociales contemporáneas sobreviven, prosperan de hecho, incontables principios presociológicos sobre la «raza». Demasiados constructivistas raciales guardan en su interior un esencialista racial que pugna por ver la luz<sup>4</sup>.

Segundo principio: *ampliar el alcance geográfico* para descentralizar el debate. Esto implica tres operaciones. La primera es *unir Oriente y*

---

divisoria se encuentra, en Oriente y Occidente, en la religión respectivamente sintoísta y cristiana: Frank Dikötter, *The Discourse of Race in Modern China*, Nueva York, 1992; George Fredrickson, *Racism: A Short History*, Princeton (NJ), 2002. La religión, no la raza (es decir, la creencia en la inferioridad innata de las personas negras), fue el criterio que inicialmente codificó la esclavitud de los africanos para el comercio transatlántico. No hay espacio aquí para abordar las afirmaciones de que la raza era una categoría operativa en la Edad Media e incluso en la Antigüedad europeas: véanse Benjamin Isaac, *The Invention of Racism in Classical Antiquity*, Princeton (NJ), 2013, y Geraldine Heng, *The Invention of Race in the European Middle Ages*, Nueva York, 2018. Baste señalar que el siglo XVIII, el «siglo de la clasificación», marcó una ruptura histórica en las construcciones supuestamente raciales, aparejada al ascenso de la ciencia y al principio político de igualdad.

<sup>4</sup> Una ilustración memorable de ello es la de Howard Winant, *The World Is a Ghetto: Race and Democracy since World War II*, Nueva York, 2001, para quien la raza constituye «una dimensión flexible de la variedad humana que es valiosa y permanente»; «la raza está presente en todas partes [...]. La raza ha modelado la economía y el Estado-nación modernos. Ha permeado todas las identidades sociales disponibles, las formas culturales y los sistemas de significación disponibles»; está «infinitamente encarnada en la institución y la personalidad»; «es el cimiento de todo sueño de liberación [...] ¡Es un hecho social fundamental! Decir que la raza perdura es decir que el mundo moderno perdura», pp. xiv, 1, 6. Pero el que esté en todas partes significa que la raza no está en ninguna parte en particular, lo que la hace difícil de atacar políticamente. Asimismo, la idea de que «el mundo es un gueto» no solo niega la especificidad del gueto como mecanismo socioespacial de dominación etnoracial (distinto de la discriminación y de la segregación); denota, curiosamente, que el gueto no tiene exterior y, por lo tanto, que quienes ejercen el dominio residen también dentro de él.

*Occidente* para escapar del provincianismo continental. Es curiosamente una visión eurocéntrica de la historia creer que la raza como principio de clasificación y estratificación esencialista es un monopolio de las naciones y los imperios occidentales. Los japoneses, por poner un ejemplo, no esperaron la llegada del comodoro Perry en 1853 para racializar a la casta medieval de los *eta* (que significa «basura abundante») y a la clase delictiva de los *hinin* («no humanos») en la «raza invisible» de los *burakumin* («gente de la aldea»), considerados innatamente diferentes, inferiores y contaminantes, y para tratarlos como tales durante siglos, incluso después de su emancipación en 1871, a pesar de que no los distinguía ningún rasgo fenotípico. Igualmente, la penetración japonesa en Corea a comienzos del siglo xx fue un proyecto colonial impregnado de pensamiento y acción raciales, por mucho que los japoneses encubrieran esta ocupación en el lenguaje de la amalgama y la asimilación basados en la paradoja de la ascendencia común<sup>5</sup>.

La siguiente operación consiste en *relacionar el ámbito colonial y el metropolitano* para detectar las similitudes y las diferencias de trato dadas a los subalternos domésticos (campesinos, clase obrera, minorías étnicas por razones de región o religión) y a los subalternos del exterior (súbditos coloniales), así como la doble transferencia de representaciones, subjetividades y técnicas de gobierno racializadas entre el centro imperial y su periferia. Esta es la tarea de una nueva generación de investigadores, que promete producir una sociología colonial y poscolonial, cuya obra se basa directamente en las teorías de la raza (y la formación de grupos) en el Norte global de la época contemporánea<sup>6</sup>.

---

<sup>5</sup> Véanse, respectivamente, Hiroshi Wagatsuma y George DeVos, *Japan's Invisible Race: Caste in Culture and Personality* [1968], Berkeley, 2021, y Peter Duus, *The Abacus and the Sword: The Japanese Penetration of Korea, 1895-1910*, Berkeley (CA), 1998. Respecto a estudios sobre la historia y las realidades de división etnoracial en Oriente, Oriente Próximo y África, véase Frank Dikötter (ed.), *The Construction of Racial Identities in China and Japan: Historical and Contemporary Perspectives*, Honolulu (HI), 1997; Gyanendra Pandey, *A History of Prejudice: Race, Caste and Difference in India and the United States*, Nueva York, 2013; Bernard Lewis, *Race and Slavery in the Middle East: An Historical Enquiry*, Oxford, 1990; y Bruce Hall, *A History of Race in Muslim West Africa, 1600-1960*, Cambridge, 2011.

<sup>6</sup> Los parámetros generales de este programa de investigación los ha establecido George Steinmetz, «The Sociology of Empires, Colonies and Postcolonialism», *Annual Review of Sociology*, núm. 40, 2014, pp. 77-103. Respecto a la división etnoracial en concreto, véase la bibliografía analizada por Julian Go, «Postcolonial Possibilities for the Sociology of Race», *Sociology of Race and Ethnicity*, núm. 4, 2018, pp. 439-451, la mayor parte de la cual es todavía programática o retórica. Dos estudios provocadores que relacionan la metrópoli con la colonia son los de Zine Magubane, *Bringing the Empire Home: Race, Class and Gender in Britain and Colonial South Africa*,

La última operación espacial es *desalojar a Estados Unidos de su posición arquimédica*. Al igual que el relato tripartito de la «clase paria» era una narración exclusivamente estadounidense, alimentada por un violento antiurbanismo y un extenso miedo racial activado por la revuelta negra de la década de 1960, los debates académicos y cívicos sobre la raza están dominados globalmente por categorías, suposiciones y afirmaciones estadounidenses, como ilustró recientemente la difusión internacional de la interseccionalidad en el mundo académico y *Black Lives Matter* en las calles. Pero la definición estadounidense que defiende la raza como un crimen cívico y la negritud como un deshonor público transmitido por hipodescendencia estricta son casos histórico atípicos<sup>7</sup>. Ningún otro grupo de Estados Unidos está delimitado en virtud de tal criterio y ninguna otra sociedad del planeta define así la negritud. Las limitaciones de la mejor teorización sobre la raza en las ciencias sociales estadounidenses pueden atribuirse directamente a que los progenitores de dicha teorización dependen de las *rarezas* de la experiencia histórica nacional<sup>8</sup>.

Por ejemplo, la idea de que raza equivale a «color», en referencia al tono de piel, deja fuera casos de dominación etnorracial en los que se usan otros marcadores fenotípicos (como el cabello, la estatura o el color de ojos, como en China, África Central y los Andes); situaciones en las que no existe diferencia fenotípica (judíos, eslavos y gitanos en la Europa nazi, *barakumin* en Japón, *dalits* en la India); ejemplos en los que la población racializadora es una población «de color» (los imperios precoloniales de África y Asia) o los racializados son «blancos» (los irlandeses a ojos de los británicos todavía en los años de entreguerras). La equivalencia de raza y «color» no puede explicar tampoco cómo se

---

Chicago (IL), 2004, y Frederick Cooper, *Citizenship between Empire and Nation: Remaking France and French Africa, 1945-1960*, Princeton (NJ), 2014. La declaración pionera en este frente es la de Frederick Cooper y Ann Laura Stoler (eds.), *Tensions of Empire: Colonial Cultures in a Bourgeois World*, Berkeley (CA), 1997.

<sup>7</sup> Loïc Wacquant, «Race as Civic Felony», *International Social Science Journal*, vol. 57, núm. 183, 2005, pp. 127-142 y F. James Davis, *Who Is Black? One Nation's Definition*, University Park (PA), 1990. Una descentramiento geográfico magistral de la cuestión de la raza es el de Mara Loveman, *National Colours: Racial Classification and the State in Latin America*, Nueva York, 2014.

<sup>8</sup> Mustafa Emirbayer y Matthew Desmond, *The Racial Order*, Chicago (IL), 2015; Karen Fields y Barbara Fields, *Racecraft: The Soul of Inequality in American Life*, Londres y Nueva York, 2014. Una potente réplica a este provincianismo nacional es la de Orlando Patterson, «Four Modes of Ethno-Somatic Stratification: The Experience of Blacks in Europe and the Americas», en Glenn Loury, Tariq Modood y Steven Teles (eds.), *Ethnicity, Social Mobility and Public Policy: Comparing the USA and UK*, Cambridge, 2005, pp. 67-122.

convierte el continuo gradual en categorías discretas ni en cuántas (como se documenta en la profusión de categorías de color flexibles usadas en la vida cotidiana por los brasileños). Y, paradoja final, no comprende la «raza canónica», los afroamericanos estadounidenses, definidos por hipodescendencia estricta con independencia de su apariencia física (lo que podríamos denominar la paradoja de Walter White), ni reconoce la generalización de la discriminación por color entre personas de color<sup>9</sup>.

El tercer principio es el de *evitar la lógica del juicio*, que trunca la investigación al intentar demostrar la culpabilidad y asignar la culpa para asumir un compromiso incansable con la lógica fría de la construcción teórica y la validación empírica, sin importar adónde nos lleven ambas<sup>10</sup>. Fue Du Bois quien advirtió que, cuando se efectúa un estudio social, «lo máximo que el mundo puede exigir no es una falta de interés humano y convicción moral, sino, por el contrario, la cualidad fundamental de equidad y un deseo sincero de verdad, por desagradable que esta pueda resultar»<sup>11</sup>. Ello implica la prohibición estricta, aunque provisional, de emitir un juicio moral y el rechazo permanente a recurrir a las emociones que, con demasiada frecuencia, guían la investigación sobre la desigualdad etnoracial, como sucede cuando una persona blanca que escribe un libro sobre el tema siente la obligación de hacer gala de su buena fe racial en un prefacio en el que confiesa su privilegio y afirma su solidaridad étnica (de una forma que no se le ocurriría a cualquier colega de clase alta que escribiese sobre la desigualdad de clase).

Los sociólogos que estudian la clase, la familia, el Estado o la modernidad no escriben de manera mecánica e irreflexiva *contra* la clase, la familia,

---

<sup>9</sup> Walter White fue líder de la NAACP entre 1931 y 1955 y arquitecto de la estrategia judicial empleada por esta contra la segregación racial. Era fenotípicamente blanco, con cabello fino y rubio y ojos azules, y podía «pasar» fácilmente por blanco (lo hizo para investigar de primera mano los linchamientos y los pogromos raciales, una investigación que condujo al asombroso libro que publicó en 1929, *Rope and Faggot*). Era «negro por elección», como él mismo decía, y nadie cuestionó seriamente su identidad y su legitimidad para liderar a las personas negras. Acerca de la generalización de la desigualdad por cuestiones de color entre estadounidenses de origen africano, hispánico o asiático, véase el audaz artículo de Ellis Monk, «The Unceasing Significance of Colorism: Skin Tone Stratification in the USA», *Daedalus*, vol. 150, núm. 2, invierno de 2021, pp. 76-90; Evelyn Nakano Glenn (ed.), *Shades of Difference: Why Skin Color Matters*, Stanford (CA), 2009, ofrece un panorama global.

<sup>10</sup> Respecto a las seducciones de la lógica del juicio, véase Loïc Wacquant, «For and Analytic of Racial Domination», *Political Power & Social Theory*, vol. 11, núm. 1, 1997, pp. 221-234.

<sup>11</sup> W. E. B. Du Bois, *The Philadelphia Negro: A Social Study* [1899], Filadelfia (PA), 2010, p. 3.

el Estado o la modernidad para denunciar el fenómeno en cuestión. Y cuando lo hacen, el resultado es muy cuestionable: véase la desafortunada predicción efectuada por Marx de que la polarización mecánica de la estructura de clases del capitalismo conduciría inevitablemente a la revolución comunista y a la abolición de las clases que tan fervientemente él deseaba. ¿Por qué se sienten los sociólogos de la raza obligados a escribir *contra* la raza y no *acerca de* la raza? o, mejor, ¿por qué permiten con tanta facilidad que el primer impulso se imponga al segundo y que la vituperación complique la elucidación? Afirmando esto no pretendo decir que los científicos sociales debieran permanecer indiferentes a las luchas etnorraciales por la igualdad y la justicia, muy al contrario. Lo que pretendo es afirmar, con Weber, que deberían participar en estas luchas como ciudadanos y, al mismo tiempo, asegurarse de que despachan sus deberes científicos de acuerdo con criterios específicamente científicos<sup>12</sup>. De hecho, cuando subliman estrictamente sus pasiones sociales en construcción teórica rigurosa, diseños metodológicos robustos y observación empírica escrupulosa es cuando los sociólogos sirven mejor a los intereses históricos de los dominados mediante la producción de explicaciones convincentes acerca de las estructuras complejas y cambiantes que mantienen esa subordinación.

## 2. UNA DOBLE RUPTURA

El cuarto imperativo es *demarcar y repatriar*. Demarcar significa *romper con el sentido común*, tanto ordinario como académico, y elaborar un constructo analítico suficientemente amplio como para que abarque las diferentes formas de dominación etnorracial desplegadas en el tiempo y el espacio. La noción de que la ciencia avanza rompiendo con la opinión y el conocimiento previos ya disponibles, tratados como «obstáculos epistemológicos», para embarcarse en un proceso infinito de «rectificación», que produce «aproximaciones» de la realidad además de discontinuidades históricas en la formación de conocimientos, constituye la enseñanza fundamental de la epistemología histórica, de la filosofía de la ciencia elaborada por Bachelard, Koyré y Canguilhem, aplicada en las ciencias

---

<sup>12</sup> Max Weber, «Science as a Vocation» [1919], *Daedalus*, vol. 87, núm. 1, invierno de 1958, pp. 111-134 [ed. cast.: *La ciencia como profesión*, Barcelona, 2001]. Los criterios científicos incluyen la reflexividad egológica, textual y epistémica (como se analiza en L. Wacquant, *The Invention of the «Underclass*, cit., pp. 4-6) y abarcan, por lo tanto, los efectos de la «posicionalidad».



sociales por Foucault y Bourdieu<sup>13</sup>. También es el primer mandamiento del método sociológico en el que coinciden Marx, Durkheim y Weber: los conceptos populares y los analíticos pertenecen a registros de conocimiento diferentes; los primeros responden a necesidades sociales, expresan u ocultan intereses conflictivos y constituyen recetas cognitivas prácticas para la acción; los segundos se forjan específicamente con fines de descripción, interpretación y explicación científicas.

Demos la entrada a Bourdieu, que se apoya en esta base epistemológica para resaltar que, lejos de ser meras ilusiones, las «ideologías» de Marx, las «nociones previas» de Durkheim y los «complejos de significado» de Weber forman parte de la realidad objetiva de la palabra social, forman lo que él denomina la «objetividad de segundo orden»<sup>14</sup>. Esto significa que debemos efectuar una *ruptura doble*: en un primer movimiento, dejar a un lado las creencias raciales ordinarias para reconstruir la economía política, tanto material como simbólica, que subyace a la estratificación etnoracial (es decir, demarcar); a continuación, en un segundo movimiento, reincorporar al modelo objetivista de dominación racial esas mismas percepciones y creencias (es decir, repatriar). Ello, resalta Bourdieu, se debe a que «la “realidad social” de la que hablan los objetivistas es también un objeto de percepción. Y las ciencias sociales deben tomar como objeto tanto esta realidad como la percepción de esta realidad, las perspectivas, los puntos de vista que los agentes se forman de esta realidad, dependiendo de la posición que ocupan en el espacio social objetivo». La subjetividad, las emociones, los discursos y la interpelación raciales forman parte integral de la realidad objetiva del dominio racial y deben, por lo tanto, figurar totalmente en la ciencia que la estudia<sup>15</sup>.

Efectuar la repatriación, el segundo movimiento de la doble ruptura, es esencial, porque la etnicidad se predica en último término sobre *la percepción y el discernimiento*, a diferencia de otros principios canónicos de la visión y la división sociales, todos los cuales tienen una base material autónoma, independiente de la cognición: la clase (el modo de producción),

---

<sup>13</sup> Dominique Lecourt, *Marxism and Epistemology: Bachelard, Canguilhem, Foucault*, Londres y Nueva York, 2018, y Hans-Jörg Rheinberger, *On Historicizing Epistemology*, Stanford, 2010, ofrecen una visión general.

<sup>14</sup> Pierre Bourdieu, *Le sens pratique*, París, 1980, véase el capítulo 9, «La objetividad de lo subjetivo»; ed. cast.: *El sentido práctico*, Madrid, 1991.

<sup>15</sup> Pierre Bourdieu, *Choses dites*, París, 1986, p. 154 [ed. cast.: *Cosas dichas*, Barcelona, 2000]. Ningún ejemplo histórico demuestra mejor esta proposición que el nazismo: Edouard Conte y Cornelia Essner, *La quête de la race: Une anthropologie du nazisme*, París, 1995, y Johann Chapoutot, *La loi du sang: penser et agir en nazi*, París, 2014.

el género (el modo de reproducción), la edad (el desarrollo de la vida biológica), la ciudadanía y la nacionalidad (afiliación a un Estado). La fenomenología racial forma parte de la realidad racial de un modo que no se da en otros criterios de estratificación, es decir: las clases existen, aunque sea en potencia, aunque no exista conciencia de clase; no así los grupos etnoraciales en ausencia de cognición étnicamente modulada (aunque solo sea por los dominantes). Dicho de otro modo, *la raza es una modalidad pura de violencia simbólica*, el doblamiento de la realidad social para hacerla encajar en un mapa mental de la realidad; o, por decirlo de manera más concisa, un caso limitador de la *realización de categorías*, el enigma situado en el núcleo de la sociología de Bourdieu<sup>16</sup>. Pero, ¿cómo captamos su especificidad en cuanto criterio realizado de la clasificación y la estratificación? He aquí los alineamientos de un marco que trata la raza como un *subtipo paradójico de la etnicidad*, paradójico porque niega ser étnico, es decir, basado en accidentes de la historia y, sin embargo, revela que lo es por esta precisa negación (en el sentido freudiano de *Verneinung*).

El cuadro 1 ofrece una visión sinóptica de la analítica de la visión y la división etnoraciales que sostienen mi argumento. Combina la orden dada por Bachelard de efectuar una clara «ruptura epistemológica» con el sentido común (tanto lego como académico), considerando el «carácter ilusorio de la experiencia primaria» de la raza en cualquier sociedad dada; la teoría de Weber sobre el «grupo de estatus» (*Ständische Lage*), entendido como un colectivo basado en una «reivindicación efectiva de estima social en términos de privilegios positivos o negativos»; y la teoría de Bourdieu

---

<sup>16</sup> El modelo de este movimiento analítico es el artículo de Pierre Bourdieu, «À propos de la famille comme catégorie réalisée», *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 100, núm. 5, diciembre de 1993, pp. 32-36. Una explicación es la de Loïc Wacquant, «Symbolic Power and Group-Making: Bourdieu's Reframing of Class», *Journal of Classical Sociology*, vol. 13, núm. 2, mayo de 2013, pp. 274-291, véanse en concreto pp. 276-277 y 281. Una ilustración perfecta de la proyección del espacio simbólico en el espacio social y físico desde arriba es, nuevamente, la reestructuración violenta de la sociedad de clases en sociedad racial por parte de los nazis, como muestran Michael Burleigh y Wolfgang Iyer en *The Racial State: Germany 1933-1945*, Cambridge, 1991. Otra es la reorganización de la geografía mental, social y física de Sudáfrica de acuerdo con líneas raciales durante el *apartheid*, cartografiada por A. J. Christopher, *The Atlas of Changing South Africa*, Nueva York, 2002. La tercera la proporcionan los episodios de limpieza étnica a lo largo de la historia, en especial aquellos que pretenden eliminar la población indeseable y borrar todos los vestigios del proceso de limpieza étnica en sí mismo, analizados por Ilan Pappé, *The Ethnic Cleansing of Palestine*, Oxford, 2006 [ed. cast.: *La limpieza étnica de Palestina*, Barcelona, 2008]. Una movilización que pretende realinear las categorías estatales con el espacio social desde abajo es la estudiada por Nancy Grey Postero, *Now We Are Citizens: Indigenous Politics in Postmulticultural Bolivia*, Stanford (CA), 2007.

sobre el «poder simbólico», entendido como «el poder de constituir lo dado enunciándolo», es decir, «de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y, por consiguiente, de hacer y deshacer grupos»<sup>17</sup>. Ofrece un *modelo típico-ideal* con el que investigar las causas, los mecanismos y las consecuencias de la dominación etnoracial.

Este marco plantea que la etnicidad comprendida como criterio de identidad, estrategia y estructura sociales forma un continuo arraigado en lo que Weber denominó «la estimación social del honor», sea cual sea su criterio. El honor puede de hecho otorgarse o negarse por una amplia panoplia de razones, porque «cualquier rasgo cultural, no importa lo superficial que sea, puede servir de punto de partida para la familiar tendencia al cierre monopolista»<sup>18</sup>. Considerada de acuerdo con el eje de la heterogeneidad, la etnicidad abarca la gama que va desde la identificación pura (una identidad autoatribuida), basada en la elección, sellada por el aura y tendente a la *horizontalidad* (lo cual significa que las poblaciones etnitizadas están en un plano de igualdad simbólica, dotada cada una de dignidad), a la categorización pura (una identidad atribuida por otros en la que la dignidad está degradada y puede denegarse) impuesta por la restricción, sellada por el estigma o el deshonor colectivo y tendente a la *verticalidad*, es decir, una desigualdad cada vez más marcada y duradera.

En un extremo, la etnicidad «débil» admite plenamente su arbitrariedad<sup>19</sup>: es abiertamente «étnica» en el sentido de que se basa de manera evidente

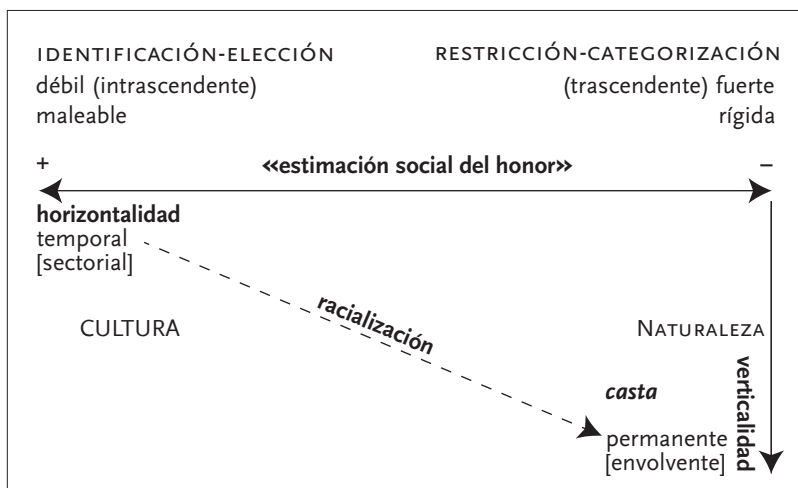
<sup>17</sup> Gaston Bachelard, *La formation de l'esprit scientifique: contribution à une psychanalyse de la connaissance objective*, París, 1938, p. 26 [ed. cast.: *La formación del espíritu científico. Contribución a un psicoanálisis del conocimiento objetivo*, Madrid, 2007]; Max Weber, *Economy and Society [1918-1922]*, Berkeley (CA), 1978, vol. 1, p. 305 [ed. cast.: *Economía y sociedad*, Ciudad de México, 2014]; Pierre Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique [1982]*, 2000, p. 283.

<sup>18</sup> M. Weber, *Economy and Society*, cit., vol. 1, p. 388. Obsérvese que me baso en la teoría (más amplia) del cierre y los grupos de estatus elaborada por Weber y no en su teoría (más estricta) de los grupos étnicos, que está lógicamente subsumida en ella.

<sup>19</sup> El extremo de este espectro recibe a menudo la denominación de «etnicidad simbólica» (por Herbert Gans y los estudiosos de la «etnicidad blanca» que siguen a este autor en Estados Unidos: véase Herbert Gans, «Symbolic Ethnicity: The Future of Ethnic Groups and Cultures in America», *Ethnic and Racial Studies*, vol. 2., núm. 1, enero de 1979, pp. 1-20). Esto es confuso, porque todas las formas étnicas, débiles o fuertes, maleables o rígidas, racializadas o no, son fundamentalmente simbólicas: en ausencia de un acto de clasificación cognitiva basada en el (des)honor no hay etnicidad, por endeble que sea (por ejemplo, afirmar la propia identidad irlandesa solo el día de San Patricio). Asimismo, debemos evitar la trampa de tratar el poder simbólico como algo «meramente simbólico», en el sentido de decorativo, eflorescente, secundario a la realidad material y desprovisto de consecuencialidad.

en los caprichos de *la cultura* y *la historia*, como ocurre con las variantes de categorías etnorreligiosas, etnonacionales y etnorregionales (judíos en la Francia contemporánea, *zainichi* en el Japón poscolonial, toltecas en el México actual, por ejemplo); en el otro extremo, la etnicidad «fuerte» niega su propia historicidad (que de esa forma queda encubierta) y afirma estar arraigada en las necesidades de la *naturaleza* y *la biología* (o su análogo lógico, la cultura entendida como algo innato y prácticamente inmutable), materializada en su forma más extrema por la casta y por soluciones similares a la misma. La primera es maleable, a menudo temporal o episódica, y se aplica de manera diferente en distintos sectores de la vida social (de hecho, puede estar presente y tener consecuencias en unos y ausente en otros); la segunda es rígida, de apariencia permanente, impregna todas las zonas de la estructura social y la subjetividad, e impacta en todos los resultados sociales<sup>20</sup>. Las formas racializadas de etnicidad nos sumergen en la dimensión vertical de la desigualdad.

CUADRO I: *El continuo de visión y división étnica, y la diagonal de la racialización*



<sup>20</sup> Una ilustración de la primera es lo que Rogers Brubaker, Margit Feischmidt, Jon Fox y Liana Grancea denominan «etnicidad cotidiana» en *Nationalist Politics and Everyday Ethnicity in a Transylvanian Town*, Princeton (NJ), 2006; un ejemplo de la segunda es la categorización etnorracial bajo el *apartheid* diseccionada por John Western en *Outcast Cape Town* [1981], Berkeley (CA), 1997.

Es importante resaltar aquí que un tipo ideal weberiano, como capta el cuadro 1, no es una descripción de fenómenos sociales, sino un «constructo mental» (*Gedankenbild*) obtenido mediante la «acentuación unilateral», que proporciona un punto de referencia analítico sobre el que diseccionar las formaciones sociales y formular hipótesis<sup>21</sup>. Así, en la realidad histórica, las diversas oposiciones trazadas en el cuadro 1 no están tan ordenadamente asignadas, sino que a menudo aparecen combinadas, enmarañadas o alojadas unas dentro de otras. Por ejemplo, la identificación y la categorización están siempre presentes en la formación étnica; la elección y la restricción están también entremezcladas en diferentes proporciones y en diferentes instituciones; la identificación tiene apariencia permanente hasta que se disuelve bajo la presión del cambio social, como cuando las identidades etnorregionales se ven inundadas, borradas mejor dicho, por las etnonacionales o, al contrario, cuando con el colapso de los Estados nacionales revierten a escisiones etnorreligiosas. En cuanto a las atribuciones del estigma, existe la posibilidad de cuestionarlas e incluso de invertir las, como cuando una categoría desarrolla formas internas de orgullo colectivo bajo la dura corteza de la denigración simbólica por parte de los dominantes<sup>22</sup>. Este tipo ideal tiene, no obstante, la virtud de proporcionar «medios inequívocos» –por citar nuevamente a Weber– para recorrer la gama de casos históricos y promover una comparación rigurosa que permita alimentar nuevas teorizaciones.

Este marco nos ayuda, en concreto, a problematizar y focalizar lo que yo denomino la *diagonal de la racialización*, el proceso histórico por el cual una población o categoría es empujada o atraída del lado superior izquierdo del eje horizontal del diagrama al lado inferior derecho del eje vertical, donde la etnicidad se vuelve etnorracial, es decir, fuerte, rígida, universal y trascendente en todos los sectores de la realidad social, como en el régimen de castas<sup>23</sup>. Este modelo puede utilizarse también para

---

<sup>21</sup> Max Weber, «“Objectivity” in Social Science and Social Policy», en *The Methodology of the Social Sciences* [1904], Nueva York, 1947, p. 90.

<sup>22</sup> Se pueden hallar ejemplos de estas dos configuraciones, respectivamente, en Peter Sahlin, *Boundaries: The Making of France and Spain in the Pyrénées*, Berkeley (CA), 1991, y St. Clair Drake y Horace Cayton, *Black Metropolis: A Study of Negro Life in a Northern City* [1945], Chicago (IL), 1993.

<sup>23</sup> Gerald Berreman, «Race, Caste and Other Invidious Distinctions in Social Stratification», en *Race*, vol. 23, núm. 4, abril de 1972, pp. 385-414; John Dollard, *Caste and Class in a Southern Town, Madison* [1937], 1989; Susan Bayly, *Caste and Class in India from the Eighteenth Century to the Modern Age*, Cambridge, 2001; y Loïc Wacquant, «Bringing Caste Back In», manuscrito inédito de 2020. Dicho

estudiar casos de desracialización, como cuando los estadounidenses de procedencia irlandesa o judía pierden su categoría de «raza» separada para fusionarse en la designación étnica «blanca», así como los casos de sumersión etnorracial fallida, como el de los *zainichi* en Japón después de la Segunda Guerra Mundial, o de absorción étnica fluida, como la experimentada por los inmigrantes portugueses en Francia<sup>24</sup>. Puede desplegarse también para ilustrar la polémica cuestión de la resistencia y las dos formas principales que asume: en qué condiciones materiales y simbólicas llegan los subordinados a cuestionar la clasificación etnorracial (por ejemplo, exigiendo el reconocimiento o la eliminación de categorías intermedias o que se ponga fin por completo a la categorización étnica estatal) y a oponerse a la estratificación etnorracial (por ejemplo, exigiendo una distribución igual o equitativa de recursos entre distintas categorías).

En esta perspectiva, racializar significa *naturalizar*, convertir la historia en biología, las diferencias culturales en disimilitudes esenciales; *eternizar*, estipular que esas diferencias son duraderas o incluso inmutables en el tiempo, pasado, presente y futuro; y *homogeneizar*, percibir y describir a los miembros de la categoría racializada como personas fundamentalmente similares, que comparten una cualidad esencial permanente que las hace merecedoras de un trato diferencial en el espacio simbólico, social y físico. Como la racialización en sí, la naturalización, la eternización y la homogeneización no son cosas, sino actividades simbólicas –que implican una relación real e imaginada entre racializador y racializado– y una cuestión de grado; pero tienden a avanzar rápidamente e implicarse estrechamente unas con otras. Una forma paradójica de racialización es la creencia por parte de los subordinados, o de quienes se erigen en sus

---

brevemente, el régimen de castas es un sistema jerárquico de categorías fijas, adscritas al nacimiento, culturalmente específicas, homogamas y sostenidas por una doctrina de pureza o superioridad inherente (validada por la religión, la ciencia o la creencia popular). Una perspectiva diferente de la aplicabilidad de la casta a regímenes rígidos de dominación etnorracial es la de Kheya Bag y Susan Watkins, «Estructuras de opresión. Las inciertas analogías existentes entre la raza y la casta», *NLR* 132, enero-febrero de 2022, pp. 61-94.

<sup>24</sup> Noel Ignatiev, *How the Irish Became White*, Cambridge, 1994; Karen Brodtkin, *How Jews Became White Folks and What that Says about Race in America*, New Brunswick (NJ), 1998; John Lie, *Zainichi (Koreans in Japan): Diasporic Nationalism and Postcolonial Identity*, Berkeley (CA), 2008; Marie-Christine Volovitch-Tavares, *Cent ans d'histoire des Portugais en France, 1916-2016*, París, 2016; pero véase Margot Delon, «Des "Blancs honoraires"? Les trajectoires sociales des Portugais et de leurs descendants en France», *Actes de la recherche en sciences sociales*, vol. 228, núm. 3, 2019, pp. 4-18.

portavoces, de que poseen una esencia compartida, inmutable y uniforme, como en determinadas variantes de afropesimismo para las que todos los negros de todas partes afrontan para siempre las mismas fuerzas de anti-negritud, sin importar la posición social que ocupen ni las constelaciones institucionales a las que se enfrenten, como si tuvieran la carga ontológica de existir fuera de la historia<sup>25</sup>.

El modelo neobourdieusiano aquí propuesto convierte la «raza», reconocida y practicada en una sociedad dada y en un momento dado, en variante encubierta de la clasificación y la estratificación étnicas que debe ser explicada (*explanandum*), en lugar de darla por sentada y tratarla como una causa autopropulsada (*explanans*) de la gama de resultados sociales; y, con ese fin, debidamente situada en el mapa analítico de las posibles formas de etnicidad, racializadas o no. La posición y el movimiento a lo largo de la diagonal de la racialización se explica además por las luchas materiales o simbólicas acerca de la partición del espacio social y de la denominación de las poblaciones en las que las fuerzas simbólicas fundamentales –las principales entre ellas son el Estado, el derecho, la ciencia, la religión y la política de partidos– compiten por el «monopolio sobre los medios legítimos de violencia simbólica»<sup>26</sup>.

Todo ello para decir que la raza es a un tiempo *el producto, el instrumento y el objeto de luchas de clasificación* que tienen como objetivo apoyar o subvertir el uso de la misma como «principio de visión y división sociales» preeminente, por encima y frente a otros criterios posibles de agrupamiento y reivindicación, como la clase, el género, la edad, la sexualidad, la religión, la región, la nación, etcétera. Como escribe Bourdieu: «Las luchas en torno a la identidad étnica o regional, es decir, a las propiedades (estigmas o emblemas) ligadas al *origen* a través del *lugar* de origen, y a las marcas duraderas asociadas con él, tales como el acento, son un caso particular de luchas de clasificación, esto es, de luchas por el monopolio del poder de hacer que las personas vean y crean, de hacer que las personas

<sup>25</sup> Frank Wilderson III, *Afropessimism*, Nueva York, 2020.

<sup>26</sup> A este respecto disiento de Bourdieu (a quien pertenece esta asombrosa formulación) y propongo que la religión, la política, la ciencia y el derecho pueden refutar eficazmente la posición del Estado como «banco central del poder simbólico» (Pierre Bourdieu, *Sur l'État*, París, 2012; ed. cast.: *Sobre el Estado*, Barcelona, 2014) mediante el cuestionamiento e incluso la anulación de sus veredictos. En otras palabras, la posición del Estado burocrático como monopolista de la legitimidad simbólica no puede darse por supuesta y está siempre sujeta a disputa, que conoce diferentes grados de éxito.

conozcan y reconozcan, de imponer la definición legítima de las divisiones del mundo social y de ese modo de *hacer y deshacer grupos*<sup>27</sup>.

### 3. LA PÉNTADA DE LA DOMINACIÓN ETNORRACIAL

Historizar, espacializar, evitar la incriminación, demarcar y repatriar. El quinto principio es *desagregar*<sup>28</sup>. El mito académico y político de la «clase paria» emergió de la fusión de relaciones sociales dispares arraigadas en la etnicidad, la geografía, el mercado de trabajo, la familia y el Estado, con las que se enmarañó. Era una categoría burda que, por esta razón, creó confusión empírica y problemas teóricos, por no mencionar la distracción y la regresión políticas acarreadas. La lección que podemos aprender aquí es que los fenómenos etnorraciales deben descomponerse en sus elementos constitutivos, lo que yo denomino las *formas elementales de la dominación racial*: la categorización (asignación a un sistema de clasificación jerárquico y naturalizador, que abarca el prejuicio, el sesgo y el estigma), la discriminación (tratamiento diferenciado e impacto dispar basados en la pertenencia a una categoría real o atribuida), la segregación (asignación diferencial en el espacio social y físico), la guetización (cierre y paralelismo institucionales) y la violencia, desplegadas para señalar y hacer cumplir los límites raciales, que abarcan desde la intimidación y el asalto, a los pogromos y la limpieza étnica, la guerra y el genocidio (forma suprema de dominación étnica)<sup>29</sup>.

Estas cinco formas elementales se entrelazan y se articulan de maneras distintas en diferentes sociedades, aplicándose a diferentes poblaciones y en distintas épocas. Y pueden variar al unísono (emparejamiento estricto) o, por el contrario, evolucionar de manera independiente entre sí (emparejamiento laxo). En consecuencia, los grupos pueden afrontar diferentes *perfiles de dominación etnorracial* a lo largo del tiempo y el espacio, como muestra en especial la experiencia de los afroestadounidenses a medida que avanzaron de la esclavitud al terrorismo de casta promovido por el sistema de Jim Crow, al gueto urbano, al artilugio triádico

<sup>27</sup> P. Bourdieu, *Langage et pouvoir symbolique*, cit., pp. 282-283, cursiva en el original.

<sup>28</sup> Desagregar la dominación etnorracial no es lo mismo que diferenciar los posibles significados de la raza en un esfuerzo por rescatar uno de ellos, como hace Michael Hardimon, *Rethinking Race: A Case for Deflationary Realism*, Cambridge (MA), 2017. El objetivo es librarnos por completo de la categoría como constructo analítico.

<sup>29</sup> Una elaboración de esto se encuentra en L. Wacquant, «For an Analytic of Racial Domination», cit., pp. 27-31.



definido por el hipergueto, el sistema penal y el distrito segregado de clase media negra, tras el levantamiento racial de la década de 1960<sup>30</sup>. En el último medio siglo el control férreo de la dominación etnoracial sobre la población negra se ha relajado y cambiado: el prejuicio público ha desaparecido (para ser unánimemente execrado cuando reaparecen sus vestigios); la discriminación se ha difractado entre instituciones; la hipersegregación ha persistido; la guetización se ha venido abajo; y la violencia homicida se ha vuelto interna. Pero el fulcro de opresión etnoracial en Estados Unidos, a saber, la regla de una sola gota de sangre negra que específicamente reúne a los negros dentro de una «verja sanguínea» (y no detrás de una «línea de color») ha soportado el asalto de cambios sociales múltiples –la inmigración, la difusión de la genómica y el multiculturalismo, así como el reemplazo de cohortes– que influyentes analistas de la cuestión negra en Estados Unidos predijeron con confianza que marcarían el comienzo de un nuevo orden racial democrático<sup>31</sup>.

De manera crucial, el perfil de la dominación etnoracial impuesta a los negros se ha bifurcado por razones de clase de maneras que el pensamiento actual y la movilización por la desigualdad racial no tienen plenamente en cuenta. Una ilustración brutal: los afroamericanos estadounidenses sin educación universitaria tienen veintidós veces más probabilidades de entrar en prisión que los que poseen estudios superiores, mientras que la diferencia entre los blancos es de seis a uno<sup>32</sup>. Esto significa que el Estado penal es tanto una institución creadora de la raza, como una institución fragmentadora de la clase, lo cual contradice las denuncias emotivas de la justicia penal como un «nuevo sistema de Jim Crow», que han servido de grito de batalla a los militantes partidarios de la reforma penal<sup>33</sup>. Es improbable que dichas reformas logren desconectar la raza de la penalización en la medida en la que proceden de una especificación errónea de la relación existente entre ambas.

Viajemos ahora al otro lado del Atlántico para contrastar este cuadro con el de los gitanos urbanos extendidos por toda Europa oriental. La péntada

---

<sup>30</sup> Véase Loïc Wacquant, «Deadly Symbiosis: When Ghetto and Prison Meet and Mesh», *Punishment & Society*, vol. 3, núm. 1, enero de 2001, pp. 95-133.

<sup>31</sup> Jennifer Hochschild, Vesla Weaver y Traci Burch, *Creating a New Racial Order: How Immigration, Multiracialism, Genomics and the Young Can Remake Race in America*, Princeton (NJ), 2012.

<sup>32</sup> Christopher Muller y Alexander Roehrkasse, «Racial and Class Inequality in US Incarceration in the Early Twenty-First Century», *Social Forces*, diciembre de 2021.

<sup>33</sup> Loïc Wacquant, «Class, Race, and Hyperincarceration in Revanchist America», *Daedalus*, vol. 139, núm. 3, verano de 2010, pp. 74-90.

del dominio racial nos proporciona un modelo para evaluar los problemas que afrontan. Globalmente, su perfil contemporáneo combina el prejuicio generalizado con el estigma hiriente, la discriminación moderada y fluctuante, la alta segregación tanto en el espacio físico (residencia) como en el espacio social (escolarización, matrimonio y ocupación), la guetización incipiente (que ayuda a reproducir otras formas de dominación, pero también ofrece una plataforma para la resistencia colectiva), e incidentes de violencia dispersos, una articulación complicada por la extensión del «*passing*», esto es, la capacidad de identificarse con o ser percibido por un grupo o categoría identitaria que no son los propios, lo cual está modulado por la clase y varía enormemente entre países y a cada lado de la divisoria urbano-rural<sup>34</sup>. La tarea de la sociología de la dominación etnoracial consiste precisamente en el desmantelamiento sobre el papel de dichas articulaciones de dominación etnoracial, ayudando así a establecer mejores herramientas para intentar desmantelarlas en la realidad.

Dos vectores cruciales a este respecto son las *intersecciones entre el dominio etnoracial, la economía política y el Estado*. Los cimientos económicos y las implicaciones de dominio racial son un tema inmenso, de amplitud y complejidad abrumadoras, que es imposible siquiera esbozar dentro de los confines de este ensayo. Baste observar que los intereses económicos sirven tanto para motivar como para moderar diferentes articulaciones de la dominación etnoracial; que las divisiones etnoraciales y de clase pueden ser coetáneas u ortogonales; y que la división racial no siempre resulta funcional para la economía<sup>35</sup>. En consecuencia, la partición étnica de la fuerza de trabajo, que deriva de la categorización y la discriminación, ha facilitado en todas partes la explotación,

---

<sup>34</sup> Esta es mi interpretación de János Ladányi e Iván Szelényi, *Patterns of Exclusion: Constructing Gypsy Ethnicity and the Making of an Underclass in Transitional Societies of Europe*, Nueva York, 2006; Roni Stauber y Raphael Vago (eds.), *The Roma—A Minority in Europe: Historical, Political and Social Perspectives*, Budapest, 2007; Ryan Powell y John Lever, «Europe's Perennial "Outsiders": A Processual Approach to Roma Stigmatization and Ghettoization», *Current Sociology*, vol. 65, núm. 5, septiembre de 2017, pp. 680-699; y toda una serie de estudios sobre la marginalidad urbana entre los gitanos de Bulgaria, Rumanía, Hungría, Chequia y Eslovaquia.

<sup>35</sup> En el resto de este párrafo me limito a una referencia por cada forma de dominación etnoracial: Philippe Bourgois, *Ethnicity at Work: Divided Labour on a Central American Banana Plantation*, Baltimore (MD), 1989; Gavin Wright, *Slavery and American Economic Development*, Baton Rouge (LA), 2006; St. C. Drake y H. Cayton, *Black Metropolis*, cit.; George Fredrickson, *White Supremacy: A Comparative Study of American and South African History*, Nueva York, 1981; Stanley Tambiah, *Levelling Crowds: Ethnonationalist Conflicts and Collective Violence in South Asia*, Berkeley (CA), 1996.

pero también ha dificultado el desarrollo económico (el sur de Estados Unidos) y provocado la fusión etnonacional y la rebelión (Sudáfrica). La guetización ha servido para extraer valor económico de una población estigmatizada –los judíos en la Europa del Renacimiento, los negros en el Estados Unidos fordista– al tiempo que ha limitado el intercambio social con sus miembros; pero al hacerlo ha dado a esa población un *Lebensraum* [espacio de vida] separado en el que experimentar dignidad y acumular el capital social y simbólico necesario para enfrentarse a la subordinación etnorracial. Los imperativos económicos han impulsado y en ocasiones contenido la violencia etnorracial, como cuando la necesidad de mano de obra desbarata la limpieza étnica y refrena los proyectos genocidas, pero ellos no logran explicar la violencia expresiva susceptible de marcar la superioridad de casta o la exclusividad nacional.

Debemos resistirnos aquí al reflejo de limitar la sociología de la raza y de la economía, primero, a la esclavitud y al trabajo asalariado; después, al capitalismo; y finalmente, a la experiencia estadounidense. Y ello porque la racialización ha servido también para lubricar los engranajes de formas de trabajo forzoso como la servidumbre tardía, la servidumbre contractual [*indentured servitude*] y el trabajo convicto, que han cumplido todos ellos una función fundamental en la acumulación de capital y en el colonialismo, y porque ha operado en regímenes imperiales, comunistas y despóticos, siendo el experimento estadounidense continental con la raza una mala guía para comprender la diversidad de configuraciones asumidas por las economías racializadas, amalgamadas bajo la categoría pegadiza y generalizadora de capitalismo racial<sup>36</sup>.

El segundo vector analítico de la péntada de formas etnorraciales es el grado en el que la categorización y la distribución correlativa del capital (económico, cultural, social y simbólico) son reconocidas, codificadas y promovidas por el Estado o apoyadas por otras agencias simbólicas fundamentales como el derecho, la religión y la ciencia, como

---

<sup>36</sup> Véanse, por ejemplo, Peter Kolchin, *Unfree Labor: American Slavery and Russian Serfdom*, Cambridge (MA), 1990; Anand Yang, *Empire of Convicts: Indian Penal Labour in Colonial Southeast Asia*, Berkeley (CA), 2021; Martin Thomas, *Violence and Colonial Order: Police, Workers and Protest in the European Colonial Empires, 1918-1940*, Cambridge, 2012; Eiichiro Azuma, *In Search of Our Frontier: Japanese America and Settler Colonialism in the Construction of Japan's Borderless Empire*, Berkeley (CA), 2019; Evelyn Nakano Glenn, *Unequal Freedom: How Race and Gender Shaped American Citizenship and Labour*, Cambridge (MA), 2004; Stanley Greenberg, *Race and Class in Capitalist Development: Comparative Perspectives*, New Haven (CT), 1980; Justin Leroy y Destin Jenkins (eds.), *Histories of Racial Capitalism*, Nueva York, 2021.

distintas del sentido común imperante en la vida cotidiana. Las dinámicas de racialización adoptan un tenor diferente cuando el Estado, en cuanto *fuerza de honor y deshonor públicos*, valida la clasificación étnica y solidifica, agrava mejor dicho, las disparidades de estratificación correspondientes. El estudio de la dominación etnorracial debe, en consecuencia, incluir imperativamente una sociología comparativa sistemática de los Estados raciales, de su génesis, de su estructura y de su funcionamiento en la historia<sup>37</sup>.

Este estudio tiene que resolver tres complicaciones enojosas. En primer lugar, el Estado no es un monolito, sino un espacio de fuerzas y luchas por sus propios límites, arquitectura y misiones, de modo que algunas unidades administrativas pueden funcionar como fuerzas racializadoras, mientras otras comportarse de modo racialmente neutro o incluso ser desracializadoras, como sucedió en el caso del ejército estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, o como aconteció con el suministro público de agua, que redujo drásticamente, incluso en el Sur, la desigualdad existente entre blancos y negros en lo referente a los fallecimientos causados por las enfermedades infecciosas transmitidas por el agua<sup>38</sup>. La unidad de pensamiento y acción racial por parte de los gestores estatales debe demostrarse, no darse por supuesta. A continuación, siempre existe una distancia entre los anteproyectos de política estatal pensados para instituir y fortalecer los límites etnorraciales desde arriba y la realidad de su aplicación desde abajo por parte de las burocracias presentes sobre el terreno, que tienen que arreglárselas con diferentes grados de obstinación y resistencia. Por eso el historiador del nazismo Devin Pendas prefiere caracterizar incluso el Tercer Reich como «un régimen racializador, no como un Estado racial»<sup>39</sup>.

---

<sup>37</sup> Los estudios sobre las formaciones coloniales son la principal base para avanzar en la sociología del Estado racial: George Steinmetz, «Social Fields, Subfields and Social Spaces at the Scale of Empires: Explaining the Colonial State and Colonial Sociology», *The Sociological Review*, vol. 64, núm. 2, julio de 2016, pp. 98-123; George Steinmetz, *The Devil's Handwriting: Precoloniality and the German Colonial State in Qingdao, Samoa and Southwest Africa*, Chicago (IL), 2008; Crawford Young, *The African Colonial State in Comparative Perspective*, New Haven (CT), 1994; Peter Zinoman, *The Colonial Bastille: A Social History of Imprisonment in Colonial Vietnam, 1862-1940*, Berkeley (CA), 1996; Marie Muschalek, *Violence as Usual: Policing and the Colonial State in German Southwest Africa*, Ithaca (NY), 2019; y muchos de los libros publicados en la serie Cambridge Imperial and Post-Colonial Studies.

<sup>38</sup> Werner Troesken, *Water, Race and Disease*, Cambridge (MA), 2004. Debo este ejemplo a Chris Muller.

<sup>39</sup> Devin Pendas, «Racial States in Comparative Perspective», en Devin Pendas, Mark Roseman y Richard Wetzell (eds.), *Beyond the Racial State: Rethinking Nazi*

Por último, incluso en los casos más coherentes, las taxonomías etnorraciales promulgadas por el Estado son confusas e intrincadas y están plagadas de contradicciones y debilitadas por las excepciones que inevitablemente incluyen. Esto se debe a que, siendo productos históricos de luchas de clasificación pasadas y no productos del conocimiento académico o de la conformidad burocrática, incorporan criterios múltiples nacidos de la acción política con la cual también se topan en su aplicación práctica. En general, no son más que nomenclaturas étnicas, listas de nombres de grupos desprovistas de racionalidad formal. Y por lo común divergen de las designaciones populares más ricas invocadas por las personas en la vida cotidiana. Las categorías étnicas ordinarias son también siempre en cierta medida difusas, porque admiten múltiples lecturas y pueden ser manipuladas y cuestionadas incluso en el sistema de dominación en apariencia más rígido y no se diga en los sistemas más flexibles. Así pues, dos tercios de las personas calificadas como gitanas por los entrevistadores de una encuesta nacional efectuada en Hungría y Rumanía sobre pobreza y etnia no se consideraban gitanas, mientras que dos tercios de los identificados como gitanos por los entrevistadores se identificaban a sí mismos como tales en Bulgaria. Estas son las ineludibles *cuestiones ilógicas de la clasificación etnorracial* que la sociología debe tener cuidado de no eliminar de sus análisis. La combinación de estos tres factores vuelve difícil e indispensable la sociología comparativa del Estado etnorracial como máquina de clasificación y estratificación<sup>40</sup>.

---

Germany, Cambridge, 2017, p. 135. Un ejemplo y un argumento contrarios son los hallados en Ivan Evans, *Bureaucracy and Race: Native Administration in South Africa*, Berkeley (CA), 1997.

<sup>40</sup> El estudio sobre personas gitanas al que se hace referencia es una joya escrita por János Ladányi e Iván Szelényi, «The Social Construction of Roma Ethnicity in Bulgaria, Romania and Hungary during Market Transition», *Review of Sociology*, vol. 7, núm. 2, noviembre de 2001, pp. 79-89. Los elementos ilógicos de la clasificación racial están plenamente documentados y diseccionados en M. Loveman, *National Colours: Racial Classification and the State in Latin America*, cit., que abarca diecinueve países a lo largo de dos siglos y reivindica la historia oculta de la categorización etnorracial como instrumento para la creación del Estado y la construcción nacional. Véase también Ilona Katzew y Susan Deans-Smith (eds.), *Race and Classifications: The Case of Mexican America*, Stanford (CA), 2009, y Thomas Mullaney, *Coming to Terms with the Nation: Ethnic Classification in Modern China*, Berkeley (CA), 2011. Dos estudios modelos sobre el despliegue socialmente flexible y semánticamente fluido de las categorías étnicas en la vida cotidiana son el de Virginia Domínguez, *White by Definition: Social Classification in Creole Louisiana*, New Brunswick (NJ), 1993, en especial la parte III, y R. Brubaker et al., *Nationalist Politics and Everyday Ethnicity*, cit., en especial el capítulo titulado «Categories», pp. 207-238. Otras ilustraciones sobre la incoherencia constante de las taxonomías socioraciales son las de Siep Stuurman, «François Bernier and the Invention of

#### 4. CLASIFICACIÓN, ESTRATIFICACIÓN, FORMACIÓN DE GRUPOS

Afirmar que la raza es un subtipo de etnicidad, tanto desde el punto de vista lógico como histórico, no significa negar la realidad bruta y brutal de la dominación racial, como temen los activistas y los estudiosos que se aferran a la distinción existente entre raza y etnia como si les fuera la vida en ello. Por el contrario, es dotarnos de los medios analíticos para descubrir bajo qué condiciones y debido a qué fuerzas y mecanismos *la etnicidad ordinaria se convierte en etnicidad (denegada) racializada*, y qué diferencia supone la naturalización en diferentes áreas de acción social, como, por ejemplo, la amistad, el matrimonio, la enseñanza, el mercado de trabajo o la pertenencia cívica. Términos generales como «racismo estructural» o «racismo sistémico», que, tras la estela de los movimientos sociales a favor de la justicia racial, se han difundido a velocidad deslumbrante en los pasados años —en parte por influencia de grupos de análisis y fundaciones filantrópicas ansiosas por reformular viejos programas en el vocabulario sobre la raza propio de este momento<sup>41</sup>— pueden muy bien servir como lemas para movilizar a la gente y darle una sensación personal de celo moral y bondad cívica, pero no dejan de ser, no obstante, malas guías para diseccionar y en consecuencia transformar radicalmente el orden racial.

De hecho, aparte de su valencia progresista, la resurrección del «racismo institucional» bajo el disfraz de «racismo estructural» podría resultar en la década de 2020 lo que la invención de la «clase paria» fue para la de 1980: una noción burda que frena el trabajo analítico allí donde este debería comenzar, confunde y combina mecanismos de dominación etnorracial (en sí raciales y no raciales) y, de esa forma, crea un

---

Racial Classification», *History Workshop Journal*, vol. 50, núm. 1, otoño de 2000, pp. 1-21; Deborah Posel, «Race as Common Sense: Racial Classification in Twentieth-Century South Africa», *African Studies Review*, vol. 44, núm. 2, septiembre de 2001, pp. 87-114; y Kenneth Prewitt, «Racial Classification in America: Where do We Go from Here?», *Daedalus*, vol. 134, núm. 1, invierno de 2005, pp. 5-17.

<sup>41</sup> Véase, por ejemplo, «Glossary for Understanding the Dismantling [of] Structural Racism/Promoting Racial Equity Analysis», formulado y difundido por el Aspen Institute a través de sus quince sucursales en todo el mundo, y la rúbrica «Structural Racism in America» en la página digital del Urban Institute, que, de manera interesante, fue uno de los principales proponentes del mito racialmente regresivo de la «clase paria» a comienzos de siglo. Un desmontaje metódico de la expresión «racismo estructural» es el de Daniel Sabbagh, «Le "racisme systémique": un conglomérat problématique», *Mouvements*, de próxima publicación, 2022.

obstáculo práctico a la eliminación quirúrgica de fuentes operativas de desigualdad racial. Este es el caso, por ejemplo, de los ataques retóricos genéricos contra el «racismo estructural en la justicia penal», que confunden las diferentes escalas del Estado penal estadounidense (federal, estatal, condal y municipal), pasan por alto el hiperlocalismo y la fragmentación administrativa de un sistema de justicia penal que no es tal y entremezclan las diferentes prácticas relativas a la legislación, la acción policial, la detención preventiva, la acusación fiscal, la defensa pública, la negociación de pena y la litigación, el dictado de sentencias, la supervisión, la programación exigida por el tribunal, el encarcelamiento y la administración de sentencias, cada uno de los cuales tiene capas de complejidad interna y puede producir, o no, repetidas disparidades etnoraciales<sup>42</sup>. La expresión «racismo estructural» postula lo que debe descubrirse y demostrarse. Oculta la primacía de la disparidad de clase en el procesamiento penal. Sustituye el estudio meticuloso por eslóganes facilones, mientras identifica las acciones reparadoras detalladas con apelaciones vagas en pro de cambios sistémicos, que es improbable que se produzcan de modo inmediato o que se verifiquen produciendo los resultados esperados. Al hacerlo, esta expresión de moda traiciona su propósito manifiesto: investigar las condiciones sociales que posibilitan la justicia etnoracial.

El conjunto de condiciones aplicables al concepto de «raza» postulado en este artículo cumple los criterios necesarios para elaborar un constructo analítico sólido<sup>43</sup>. Es semánticamente discreto, claro y neutro. Es lógicamente coherente, específico y sucinto. Es heurístico en el sentido de que nos permite diseccionar empíricamente y situar en un solo marco teórico las formas diversas asumidas por el ordenamiento étnico en la historia y en distintos continentes: etnorreligioso, etnolingüístico, etnorregional, etnonacional y etnorracial propiamente dicho. Un esfuerzo similarmente vigoroso de unificar estas categorías «como una única familia integrada de formas» en función de un criterio comparativo e histórico

---

<sup>42</sup> Una exploración brillante de la grieta existente entre el lema y las realidades contraintuitivas de la «reforma judicial» es la de Malcolm Feeley, *Court Reform on Trial: Why Simple Solutions Fail*, Nueva York, 1983. Es asombroso y preocupante que la actual generación de activistas en el campo de la justicia penal pase tranquilamente por alto las contundentes lecciones del fracaso, hace hoy cincuenta años, de los mismos cambios que ahora ellos defienden: reforma del sistema de fianza, programa de libertad condicional sin juicio previo, reforma del contenido de las sentencias y normas sobre los juicios rápidos.

<sup>43</sup> Una explicación y una ilustración de estos criterios se ofrece en L. Wacquant, *The Invention of the «Underclass»*, cit., pp. 150-157.

es el acometido por Rogers Brubaker en *Grounds for Difference*<sup>44</sup>. No va, sin embargo, lo suficientemente lejos: en lugar de subsumir la raza y el nacionalismo en la *etnicidad*, respectivamente como etnicidad biologizada y como etnicidad afiliada al Estado, Brubaker las retiene como tres perspectivas cognitivas y conativas coiguales sobre el mundo social. Andreas Wimmer avanza ulteriormente en esa dirección al desarrollar una analítica comparativa de la formación étnica en perspectiva global en su libro *Ethnic Boundary Making*<sup>45</sup>. Pero ni Brubaker ni Wimmer avanzan un paso más y reúnen las categorías de etnia, raza y nacionalismo bajo una teoría neobourdieusiana general del poder simbólico y la formación de grupos –que abarque clase, género, edad, sexualidad, religión, ciudadanía, localidad, etcétera– cuya posibilidad y necesidad mismas ambos, sin embargo, demuestran.

El marco analítico esbozado en este ensayo señala como tarea central de la sociología de la dominación racial el descubrimiento de la manera en la que un sistema de *clasificación* etnorracial –una taxonomía que aprovecha la correspondencia abierta o encubierta existente entre los ordenamientos sociales y naturales– se crea e inculca, se sedimenta en el cuerpo socializado en forma de hábito étnico y se proyecta en un sistema de *estratificación* etnorracial mediante la distribución diferencial de los bienes materiales y simbólicos, de los privilegios y los castigos, de los beneficios y los riesgos a lo largo del espacio social y físico. La clasificación comprende las taxonomías políticamente informadas y burocráticamente inscritas del Estado y de los modos cotidianos de clasificar a las personas desplegados por la gente común en el transcurso de su actividad cotidiana y durante momentos de acción y emoción colectivas, ambos multiestratificados, variablemente incongruentes y eminentemente maleables y manipulables<sup>46</sup>. De manera similar, la estratificación hace referencia a las macroasignaciones de recursos y recompensas, que subyacen a la estructura del espacio social, así como a las microasignaciones, que modelan las interacciones personales, incluidos el reconocimiento, el respeto y la deferencia o la negación de los mismos.

---

<sup>44</sup> R. Brubaker, *Grounds for Difference*, cit.; y «Ethnicity, Race and Nationalism», *Annual Review of Sociology*, vol. 35, agosto de 2009, pp. 21-42.

<sup>45</sup> Andreas Wimmer, *Ethnic Boundary Making: Institutions, Power, Networks*, Nueva York, 2013, en especial pp. 7-10.

<sup>46</sup> Respecto a la manipulación histórica, las racionalizaciones y las consecuencias de las etiquetas etnorraciales, tanto jurídicas como ordinarias, y al diseño social que generan y del que se alimentan, léase V. Domínguez, *White by Definition: Social Classification in Creole Louisiana*, cit., en especial pp. 262-277.



La génesis, la cristalización y la recurrente *transmutación de la clasificación en estratificación*, y *viceversa*, constituyen la problemática fundamental para formular la sociología de la raza como una modalidad particular de la formación de grupos sin caer en las dobles trampas del «grupismo» y el «razacentrismo»<sup>47</sup>. Esta problemática nos anima a determinar qué es genérico y qué es específico de la raza en cuanto categoría que debe realizarse y a descubrir cómo alcanza (o no) el estatus de principio de visión y división dominante como resultado de las luchas por lo que Bourdieu denominó evocativamente la «realeza simbólica».

Este artículo está dedicado a los estudiantes universitarios de Berkeley que ejercieron de lectores de *SOCI31B* a lo largo de los años. Se ha beneficiado considerablemente de las generosas sugerencias y las agudas críticas de Aksu Akçaoglu, Magali Bessone, Sarah Brothers, Rogers Brubaker, Jenae Carpenter, Ellis Monk, Chris Muller, Nazli Ökten, Daniel Sabbagh, Victor Lund Shammass, David Showalter y Andreas Wimmer.

---

<sup>47</sup> Rogers Brubaker, *Ethnicity without Groups*, Cambridge (MA), 2004; Andreas Wimmer, «Race-Centrism: A Critique and Research Agenda», *Ethnic & Racial Studies*, vol. 38, núm. 13, agosto de 2015, pp. 2186-2205.